

¿Obsolescencia institucional o inmadurez política?

Alfredo Acle Tomasini©

En ocasiones, pareciera que nos es difícil aceptar que la causa de un problema puede estar ser en nosotros mismos. Y por ello, solemos rápidamente señalar a algún presunto culpable, o, en su defecto, decir que determinada situación es consecuencia de cuestiones lejanas de nuestra propia responsabilidad.

Así, ante la problemática postelectoral, ha sido frecuente escuchar voces que la explican a partir de una supuesta obsolescencia de las instituciones, diciendo, vagamente, que están rebasadas por la realidad. Afirmación que al convertirse en un lugar común, resulta tan ambigua y amplia como para que cada quien la entienda como mejor le convenga.

Pero las instituciones no son entes abstractos o maquinarias que, como robots, funcionan ajenas a las manos del hombre. Por el contrario, ellas cobran vida en la medida que son seres humanos quienes las representan, o se sujetan a sus reglas y determinaciones.

De hecho, el funcionamiento de la estructura institucional de cualquier nación, está asociada a su capital social, es decir, al conjunto de principios y valores que al ser convicciones colectivas, norman, aun sin estar necesariamente escritas, la convivencia y comportamiento de sus habitantes.

La impartición de la justicia se convierte en institución cuando los individuos se someten a ella, a pesar de que en lo particular no les convenga; la democracia se convierte en institución cuando todos juegan bajo sus reglas y, por ende, aceptan sus resultados pese a que les sean adversos; el gobierno se convierte en institución, cuando quiénes están al frente ponen el interés de la ciudadanía por encima del propio, y entienden que su encomienda es un mandato y no una canonjía.

Por tanto, hombres e instituciones son un binomio indisoluble donde el aprendizaje y maduración de los primeros, son los impulsores que marcan el ritmo y rumbo de la evolución del marco institucional; éste se queda chico o se hace obsoleto cuando los hombres aprenden y crecen. Entonces lo transforman, lo sofistican y lo ajustan a una realidad crecientemente compleja.

Pero también, si los valores y comportamientos de los individuos no son acordes con los principios básicos sobre los cuales se fundaron las instituciones, entonces ellas son sólo cascarones que, aun pudiendo tener voluminosas y complejas estructuras, están vacías por dentro. Por eso es que marcos institucionales semejantes, no necesariamente tienen el mismo nivel de desempeño y efectividad en todas las naciones

Preguntémonos entonces: ¿El problema post electoral revela el agotamiento de nuestras instituciones, o no estamos logrando lo mejor de ellas porque no tenemos la madurez política para actuar con base en los valores que les dieron origen y, menos aún, con el compromiso que su funcionamiento nos demanda?

El 1o de septiembre presenciamos como un grupo de diputados, que apenas días antes habían protestado guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes que de ella emanen, violaban ese juramento, y, en cadena nacional, impedían a gritos que, el diálogo, la institución más añeja de la historia de la humanidad y base fundamental de cualquier parlamento, pudiera establecerse a partir de dejar hablar al otro. Qué es: ¿Obsolescencia institucional o inmadurez política?

Los capitalinos creímos que nuestros intereses se respetarían mejor, si escogiéramos al jefe de gobierno, a los diputados locales y a los delegados. Y así, creamos un marco institucional y establecimos procesos electorales costosos.

Pero, con la misma contundencia que el plantón nos impide el paso, así nos damos cuenta que este andamiaje no sirve a la ciudadanía, sino a un partido y, eventualmente, a quién éste decida abanderar como un posible candidato a la presidencia, cuyos intereses, no los del ciudadano, determinarán su gestión pública. Qué es: ¿Obsolescencia institucional o inmadurez política?

Ciertamente, las últimas elecciones presidenciales nos dejan muchas lecciones y señalan áreas de oportunidad para hacer reformas. Sin embargo, no aceptemos sin chistar el argumento de que las instituciones están agotadas u obsoletas, menos cuando proviene de los propios políticos que, en ocasiones, parecen minúsculos personajes flotando en inmensos mares, sin más ánimo que el disfrute del salvavidas presupuestal.

Cuando el cambio lo provoca la madurez entonces se crece y avanza; cuando es la ineptitud aquello que lo promueve, entonces nada cambia, porque ésta no es motor sino ancla.